de, un hombre sin defectos. No le encontraré, padre mío; llévame de aquí, llévame á un país de salvajes!

—¡No nos faltaba más!—dijo sonriendo monsieur Diétrich.—¿Quieres que nos vayamos en busca del último de los mohicanos?

Como yo, no tomaba en serio la desesperación de su hija, y ella se lo obligó á creer, tomándose el trabajo de fingir un ataque de nervios que, gracias á los esfuerzos que hizo para fingirlo, acabó por ser verdadero.

Si se grita, si se trata de crispar las manos, si se exhala el despecho en convulsiones forzadas, en breve la verdadera convulsión se manifiesta castigando la voluntad que la provocó, violentando el organismo.

Preciso fué llevarla al lecho, comer sin ella, tarde y tristemente. Yo referí la verdad á monsieur Diétrich; no aprobó la mentira que había dicho á Cesarina, y se asombró de verme por primera vez en la vida buscar recursos en una mentira.

Entonces le referí las palabras del Marqués, las amenazas que había proferido; y me dijo que el Marqués era un hombre serio que en un momento de arrebato podía desvariar, pero que era imposible

descendiese á una acción impropia de un caballero.

—¿Entonces—le dije—vais á disuadir á Cesarina? ¿á decirle que mi sobrino es libre? Pues vais á engañarla más que la he engañado yo, porque Pablo no es libre.

Prometióme no decir nada, y exclamó:

—Puesto que la mentira no ha sido mía me haré el engañado, mucho más que no había de consentir que un hombre que se encuentra en su caso pensara en casarse con mi hija.

Cesarina estuvo abatida muchos días; pero después recobró su vida activa, y aun pareció animar algunas pretensiones de matrimonio que había desdeñado hasta entonces. Todas las mañanas encontraba dos ó tres ramilletes al despertarse, y todas las mañanas teníamos un jubileo de visitas en cuanto llegaba la hora de recibir.

Yo veía de vez en cuando á Pablo y Margarita, convenciéndome de que aquella unión no hacia feliz al uno ni al otro, y que sólo el niño era el lazo que los unía, llenando de amor y de alegría el corazón de Pablo.

Margarita era indudablemente una linda criatura; pero la falta cometida en su adolescencia estorbaba el matrimonio que ella tanto deseaba, y que Pablo no podía admitir.

Un día se querellaron delante de mí, tomándome por juez.

—Si no hubiera tenido un hijo—decía Margarita—no tendría la exigencia de casarme; sé que no lo merezco, pero desde que tengo este hijo me atormenta su porvenir y creo que un día despreciará á su madre. Esta idea me atormenta en términos que me siento inclinada á no querer á este hijo, para tener el derecho de morirme de pesar. ¡Ah! ¡nunca me había parecido mi falta tan horrible! Yo lamentaba la crueldad de mi madre porque me la reprochaba, y encontraba á Pablo justo y bueno porque nunca me hablaba de ella; pero ahora que soy madre, yo misma me detesto. Sé que Pablo es bueno, que no abandonará nunca á su hijo, pero ¿y yo? ¿qué será de mí el día en que mi hijo me eche en cara mi falta?

—No te la echará, te respetará siempre—dijo Pablo—á menos que por tus quejas imprudentes no le hagas saber lo que debe siempre ignorar.

—¿Y es fácil acaso ocultar á los hijos que sus padres no están unidos? ¿No puedes unirte á otra?

Yo entonces creí deber intervenir.

—Lo que es por lo menos cierto—dije á Margarita—es que mi sobrino no podrá ya hacer el matrimonio ventajoso á que parecía llamado por sus

cualidades; el abandono que os ha hecho de su libertad, de su porvenir, debe ser para vos una garantía. Pensad que hasta aquí todos los sacrificios han estado de su parte.

—Teneis razón—murmuró besándome las manos—sois severa, pero buena; me decís la verdad, porque yo olvido á veces que se lo debo todo, hasta la vida.

Se resignaba; era un alma recta, que después de haber comprendido sus culpas las lamentaba sinceramente; pero que á veces razonaba con extravío, como quien no ha contenido sus impulsos con una buena educación. Tenía instintos espontáneos, egoístas ó generosos que no distinguía, pero de los que se dejaba dominar.

Pablo estaba un poco fatigado de sus inquietudes inmotivadas, de sus celos sin objeto; en una palabra, de aquel fondo de injusticia, de recriminación, de que rara vez se ve exenta una mujer que ha caído. Salí aquel día con él y le reproché la dureza con que trataba á Margarita.

—Ya que este desdichado lazo existe—le dije—y no te crees autorizado para romperle jamás, trata de hacerle lo menos doloroso posible, trata de elevar las ideas de esa pobre niña y de dulcificar la aspereza de su carácter; yo creo que no se le debe

decir lo que tú le dices, para que en lugar de deplorar la suerte que le ofreces la estime y la bendiga.

—Le he dicho cuanto hay que decir, pero siempre estamos volviendo á empezar. Los niños se instruyen y progresan poco á poco, lo veo por mi mismo hijo; pero aquellas personas de más edad, cuyo desarrollo intelectual no se ha verificado á tiempo, no aprenden jamás. Margarita no cambiará, tía, y yo me veré obligado á soportar sus defectos, y lo que ella no puede alcanzar de sí misma habré de alcanzarlo yo; tendré una paciencia y una dulzura á toda prueba, y estad cierta de que no hay otro remedio. Es doloroso, ¿pero quién puede alabarse de ser completamente feliz en su hogar? Podría estar casado legitimamente con una mujer celosa y sería lo mismo. Creed, tía, que en este pícaro mundo donde uno se agita á pretexto de que vive, debe creer dichosa toda situación tolerable. Si no tuviera á Margarita, estaría suprimido el primer afecto de mi vida, me privaría de tener una compañera que me ama, que me quiere, que me es fiel y que me proporciona algunas horas de felicidad; esto merece bien que la perdone un poco de ingratitud, algún defecto de carácter; y cuando veo ese hijo hermoso que me ha dado, al

que ha criado, al que duerme sobre su corazón noches enteras, me siento tan casado, tan dentro de mi familia, que estoy contento con mi suerte.

Pablo tenía libre todo aquel día. Le llevé á comer conmigo á un restaurant, porque yo también estaba libre; Mr. Diétrich había ido á vigilar los trabajos de Mireval, y Cesarina comía con sus primas.

Se acercaba la primavera, y volví á las nueve de la noche, sorprendiéndome ver á Cesarina que comía sola y en su habitación.

—He venido á las ocho—me dijo;—no he querido comer con mis primas porque no tenía ganas de hablar; me he retrasado en paseo, ya dije á mi tía que no me aguardara. No me riñas por haber vuelto tan tarde; estaba tan hermosa la noche que no he podido resistir al capricho de dar unos paseos por el bosque á la luz de la luna; ¡está tan solitario el bosque á esta hora! Decididamente es la hora más bella de pasear en él. ¿Y tú has comido? Creía encontrarte aquí á mi vuelta.

—He comido con mi sobrino.

—¡Y con su mujer!—dijo mirándome de un modo singular.—Y á propósito, ¿sabes que te engaña? Tu sobrino no está casado..... del todo.

—Como si lo estuviera—dije yo con acento se-

vero;—está más encadenado aún que si se hubiese casado.

—Encadenado..... esa es la palabra. Veo que te pones en el terreno justo.

—No sé lo que quieres decir.

—Ni lo que tú dices, mi buena Paulina. Te embrollas miserablemente, pero yo sé toda la verdad.

—¿Cómo?.....

—Escucha. Antes de ir al bosque á reflexionar, he querido conocer á la hermosa Margarita.

—¿Te burlas?

—Verás como no. Sabía que todas las noches Pablo deja su almacén para ir á pasar la velada á la calle de Asás en casa de una tal Mad. Ferón; sabía que tu sobrino iba rara vez á esta casa de día y como eran las cuatro y estaba resuelta á conocer hoy la verdad.....

—¿Por qué hoy?

—Porque Mr. Salvioni, ese italiano noble que me persigue y á quien protege mi tía Herminia, me había hecho anoche en la Opera una declaración durante el baile de la *Mutta*. Tiene una figura agradable y desciende de los Strozzi; tiene talento, su palabra es insinuante y me agradaría si le pudiese amar; pero he vuelto á pensar en tu sobrino, y he quedado en darle mañana una contes-

tación categórica. Necesitaba, pues, saber si me habías contado un cuento inverosímil. Pregunté al portero por Mad. Ferón, y me dijo que subiera á un piso tercero y allí me he encontrado un niño, hermoso, saltando sobre las rodillas de una mujer hermosa también. Beltrán que había subido conmigo, me aguardaba en la escalera, porque el cuarto carece de antesala; yo entré con aplomo y pregunté á Mad. Ferón que, por lo vieja y fea, comprendí que no era la mujer de tu sobrino, por Mad. Gilbert. Pareció turbada por mi pregunta, y como vacilase en responder, Margarita se levantó con su muñeco en los brazos y me dijo con aplomo.

—«Mad. Gilbert soy yo, señora. ¿En qué puedo serviros?

—»Creí encontrar aquí—respondí—á la tía de Mr. Gilbert.

—»Ha salido con Pablo no hace un cuarto de hora.

—»Lo siento, venía á buscarla porque me había dado cita aquí.

—»Entonces, volverá. ¿Queréis esperarla?

—»Con mucho gusto, si vos lo permitís.

—»Sentáos, mi buena señora—me dijo, con toda la cortesía de que es capaz una..... lavandera.—

Mad. Feron, tomad el niño y dadle la sopa en la cocina; no come bien, rabia mucho, y no es cosa de que esta señora presencie su rabieta. Cerrad las puertas y que no lo oigamos.

—»¡Qué hermoso niño!—dije yo, fingiendo admirar al chiquillo, que se llevaban con gran satisfacción mía.—¿Qué edad tiene?

—»Un año y un mes; pero tiene muy mal genio á causa de estar echando los dientes.

—»¡Es muy lindo!

—»¿Verdad que se parece á su padre?

—»¿A Pablo Gilbert?

—»¡Claro está!

—»No sé, no le conozco casi; pero á vos sí que se parece.

—»Lo siento; quisiera que se pareciera á Pablo.

—»Es decir que queréis á vuestro marido más que á vos misma?

—Ya se ve, ¡es tan bueno! ¿Conocéis á su tía y á él no?

—»Le he visto dos veces nada más.

—»Calla, ¿seríais?..... ¡pero no.... Mlle. Diétrich no saldría sola como venís vos!

—»¿Habéis oído hablar de Mlle. Diétrich?

—»Sí, la tía de Pablo es su..... ¿Cómo diré

yo?..... Su ama de gobierno; es ella quien la ha educado.»

—Perdona, mi querida Paulina pero he aquí los delicados informes de Margarita respecto á tí. ¡Mi implicable, memoria permite decirte palabra por palabra cuanto me ha dicho!

—«¿Ha sido Mlle. Nermout—dije yo—quien os ha hablado de Cesarina Diétrich?

—»No; ha sido Pablo un día que había estado en un baile en casa de su papá. Parece que son gentes ricas, y que la tal señorita tenía perlas y brillantes.....

—»Lo que le pareció ridículo, ¿no es verdad?

—»Pablo así lo dijo, pero yo no. Cada uno se adorna con lo que tiene. Yo, como no tengo joyas, me adorno con mi hijo, y cuando me le traen de paseo diciéndome que todo el mundo le celebra por lo hermoso, estoy más orgullosa que si llevara encima los diamantes de una reina.

»Esta ingenuidad me reconcilió con Margarita. No la creía mala, y al encontrarla tan ingénua sentí desvanecerse mi enojo, comprendiendo que es una de esas compañeras que un hombre busca por economía, y cuando viene un niño á estrechar semejante unión, se continúa por bondad de alma; pero no hay hombres que se casen con esas mujeres,

y viene un momento en que ni siquiera las conservan.»

—Hablas de todo eso, hija mía, como un ciego de los colores. Tú no puedes apreciar.....

—«Perdona; tu educanda se ha emancipado, y todo lo que tú le has dejado ignorar cuando era niña y poco curiosa, se ha visto obligada á aprenderlo por sí, estudiando el mundo y adivinando lo que se calla. Ya ves que emito sobre el compromiso de Pablo, porque eso se llama un compromiso, un juicio bastante acertado. No le llamo aventura, porque no encuentres la palabra fuerte en mi boca; pero como me has hablado de su matrimonio, me has obligado á entrar en el examen de hechos groseros. Hasta ahora era ingenua y creía en un lazo legítimo; pero Margarita es charlatana y torpe, y como yo le manisfetase interés, se ha turbado y me lo ha confesado todo con una sinceridad asombrosa. La he animado, la he dicho dos ó tres frases oportunas, y entonces, prorrumpiendo en lágrimas, me lo ha confesado todo: su primera aventura con Julio el estudiante, su proyecto de suicidio, la salvación verificada por tu sobrino, el asilo por éste ofrecido en París, y por último, el nacimiento de ese niño, que ella recibió como una esperanza, creyendo que al fin se casaría con Pablo. Refiriróme después sus pesares domésticos, sus arrebatos de celos, y la intervención que tú tomas en sus querellas. Esa joven es una mezcla de orgullo y humildad; se alaba de ser superior á todo el mundo en amor y en abnegación, y cree que borra todas sus culpas pasadas con amar hoy como cree que las demás no aman, y ése es un error del que saldría Pablo si probase amar á otra.

»Después de abrirme así su corazón, empezó á preguntarse quién podría ser yo.

—»No os inquietéis por eso—le dije;—mi nombre nada os revelaría; básteos saber que os compadezco y os protejo; y os diré que habéis hecho mal en tomar el nombre de Mr. Gilbert. ¿Os ha autorizado á ello?

—»No; me lo ha prohibido. Como no quiere recibir aquí á ninguno de sus amigos, oculta nuestra unión, mucho más que la casa no está en su nombre ni en el mío. Yo también tengo interés en ocultarme por mi madre, que me atraparía desde luego, porque soy menor; así es que no salgo más que por la noche, y del brazo de Pablo. Cuando habéis preguntado por Mme. Gilbert he tenido un momento de orgullo; pero nadie me conoce con ese nombre. Yo no salgo para nada, nadie viene aquí y trabajo cuanto puedo.

»Yo le prometí decirla la verdad y cumpliré mi palabra, porque quiero volver á hablar con ella. Temiendo que volvieras, me levanté y dije que habiendo pasado la hora en que me citabas, no te aguardaba más. Entonces ella me rogó que volviera, que no la abandonase, y añadió:

—»Si en lugar de tropezar con Pablo hubiera yo encontrado una dama como vos, que me hubiera querido llevar con ella, sería más dichosa, y creo que sin alabarme, hubiera sido una buena doncella.

—»¡Quién sabe si todavía lo seréis!—dije sonriendo.—Si algún día Mr. Gilbert os despide, yo os tomaré á mi servicio.

»La palabra *despedir* le hizo más efecto del que yo hubiera deseado, y por un momento creí que su reciente amistad por mí, iba á trocarse en aversión. Es violenta la tal niña, pero pude contener la explosión de su cólera, diciendo:

—»Bien veo que vos no sois de las personas á quienes se despide; pero también hay manera de alejar á las personas dignas; ¡una palabra que las ofenda y basta!

—»Tenéis razón—contestó;—pero Pablo no me dirá nunca esa palabra; tiene muy buen corazón, y por lo único que podría despedirme, como vos

decís, es si me probara que era desgraciado conmigo. Entonces yo me adelantaría á despedirme.

—»¿Y el niño? ¿Qué haríais de él?

—»¡Oh! el niño..... eso es lo malo, que no me lo querría dejar; ¡le quiere tanto!....

—»¿Le tiene reconocido?

—»Sí por cierto; pero está inscrito como de madre desconocida, para que mi familia no tenga jamás derechos sobre él.

—»Entonces, vos tampoco los tenéis sobre vuestro hijo, y al separaros de Pablo le perderíais.

—»Por eso no me separaré, aunque fuera muy desgraciada; pero si lo fuera mi Pablo, entonces, señora, no tendría que ir á buscaros ni á vos ni á nadie, porque nada necesitaría; me dejaría morir de dolor en la esquina de una calle.

»Después de estas palabras nos separamos.»

—Muy bien, y después de eso has ido á reflexionar al bosque de Bolonia. ¿Y se puede saber lo que has reflexionado?

—Lo siguiente; que Pablo me conviene, que le amo y que es el marido que necesito.

—¿Y dejarás morir á la pobre Margarita? Con eso no cuentas.

—Sí, que cuento; pero no sucederá: seré tan buena para ella que le haré comprender lo que es

y lo que vale, y que debe aceptar su nueva situación por interés de Pablo y por el suyo propio.

—¿Y el niño?

—Su padre, casado conmigo, tendrá medios de criarle mejor; yo seré casi una madre para él, no tengo motivo para odiarle, pobre inocente. Margarita le podrá ver de vez en cuando; algunas temporadas los enviaremos juntos al campo y serán dichosos.

—¡Con qué maravillosa facilidad lo arreglas todo!

—En la vida no hay nada difícil cuando una es rica y tiene además un carácter enérgico. Soy más previsora que tú, Paulina; tú has necesitado años para conocer la situación de tu sobrino y yo la he conocido en un día y..... he encontrado el remedio á ella en dos horas. He visto clara la solución que debe unir la suerte de ese joven á la mía. El se creía ligado por un deber, y su obstinada defensa era la de un hombre arrepentido que se arranca el corazón. Pablo sufre; tú no lo adivinas, pero á mí me lo hacen conocer las reticencias de su amada; no espera remedio y se resigna con la mala suerte que se ha creado. Es un estoico, no lo olvido, y todas las manifestaciones de esa alma enérgica me acercan á ella más y más. Esa mujer vulgar que ha

elegido es un mármol que no le comprende, y su casa es un hogar sin interés, sin poesía. El trabajo constante á que se consagra para sostener á su familia, á la que se ve obligado á esconder de las gentes, no le da la dicha, y sin embargo, es grande, es digno en medio de su desgracia. No te canses; tu sobrino necesita una mujer como yo, que le arranque á esa situación sin remordimiento y sin crimen. Margarita llorará, gritará unos días; per dentro de un año me bendecirá y Pablo será el más dichoso de los hombres.

—Es decir que cuentas que esté todo arreglado para el año próximo. ¿Qué mes y qué día has fijado para el matrimonio?

—Ríe cuanto quieras, Paulina; pero vuelvo á decirte que soy más fuerte que tú. No tengo escrúpulos pueriles, cuento con paciencia y con decisión y serás mi tía. ¡Mira, abrázame! Está tomado mi partido; voy á dormir tranquila como un niño de seis meses.

Me dejó dominada por un vértigo, como si abandonada por un guía en medio de un camino escabroso, no supiera cómo continuarle.

¡Tenía razón! Era más fuerte que yo, que Margarita, que Pablo mismo.

Entregado al trabajo, Pablo no podía analizar

como ella los hechos prácticos de la vida. ¿Quién sabe si ella era la mujer que, como decía, necesitaba Pablo para ser feliz? Una cabeza tan activa, un alma tan franca para aceptar los hechos ya consumados de la vida, una inteligencia tan clara y un valor tan superior á su sexo, cualidades eran que podían muy bien hacerle perdonar su carácter caprichoso, su incomprensible coquetería!

Me encontraba yo tan confusa como cuando el Marqués de la Rivonniere me expuso sus amenazas contra Pablo. ¿Dónde estaba el Marqués? ¿Qué había sido de él? ¿Le había olvidado? ¿Estaba ausente? Resolví saber algo, y reflexionando me dije que Beltrán podía ser el único que me informara.

Era un personaje singular aquel criado de Cesarina, especie de mixto entre groom y ayuda de cámara.

Ayuda de cámara no podía serlo, ni mayordomo, porque no sabía leer ni escribir; pero tenía una inteligencia clara que le hacía expresarse como un hombre de buenos principios. Era hombre de treinta y cinco años, frío, serio, distinguido en su porte, llevando con dignidad su casaca negra con sus cordones verdes en el hombro, y su corbata blanca irrepochable, y era discreto, prudente, com-

prendiéndolo todo, sabiéndolo todo, pero reservado como pocos, y además muy afecto á Cesarina.

Eran las once; Mr. Diétrich no había vuelto y Beltrán debía pasear por la galería, cuidando de los quinqués y los caloríferos, que era su principal obligación.

Allí le encontré, en efecto, y al distinguirme se adelantó á mi encuentro.

—Beltrán, tengo que haceros una pregunta que me interesa mucho—le dije.

—Yo también—me contestó—tenía intención de decir algo importante á la señorita.

—¿A mí?

—A vos. Os hubiera buscado en cuanto hubiese vuelto el señor.

—Hablad, pues, Beltrán.

—Lo que yo tenía que deciros era á propósito del Marqués de la Rivonniere.

—Precisamente quería yo preguntaros si teníais noticias suyas.

—Las tengo. La señorita Cesarina, que no tiene secretos para vos, os habrá contado todo lo que hoy ha hecho.

—Ciertamente; sé que ha estado en la calle de Asas, y después en el bosque.

—Pero lo que no sabréis, es que Mr. de la Rivonniere se disfraza para expiar á la señorita.

—No, no lo sabía; ¿y Cesarina lo sabe?

—No lo creo.

—Hubierais debido prevenírselo.

—No estaba seguro de ello hasta hoy; y además un día que presenté á la señorita Cesarina una carta del señor Marqués me dijo:

—«No me volváis á presentar nada de ese hombre, que yo no vuelva á oir hablar de él.» Hoy, sin embargo, he reconocido al Marqués en traje de obrero en la esquina de la calle de Asas y he creído que os lo debía decir á vos.

—¿Sabéis á qué ha ido Cesarina á la calle de Asas?

—Sí, señora; yo he sido el encargado de espiar al joven que va todas las noches desde la librería de Mr. Latour á la calle de Asas.

—¿Y hacíais bien en convertiros en espía?

—Señora, yo no tengo que razonar cuando ejecuto las órdenes de mi señorita.

—¿Hasta cuando se oculta de su padre y de mí?

—Mr. Diétrich no tiene voluntad con ella, y vos, señorita, acabáis por hacer siempre lo que quiere.

—Sí, porque ella quiere siempre lo que es bueno, y aun hoy mismo iba una buena acción envuelta en su curiosidad.

—Así lo creo; además, yo estaba á dos pasos de la señorita con un revólver en el bolsillo, y no sufriría que la insultaran.

—¿La defendiaríais con valor?

—Con mucho arrojo; es mi deber. La señorita me lo explicó así el día en que me dijo: «quiero ir por todas partes sola con vos.»

—Muy bien, amigo mío; y decidme, ¿ha visto el Marqués entrar á Cesarina en casa de la persona á quien visita mi sobrino?

—La ha visto salir. Estaba en la puerta de enfrente cuando ha subido á su carruaje.

—Y habrá preguntado sin duda al portero de la casa.

—Ciertamente, porque miraba á la señorita con aire burlón y parecía como si quisiera ser reconocido; pero la señorita bajaba muy preocupada, y ni siquiera se fijó en él.

—¿Por qué creéis que la persigue?

—Porque está celoso y cree que la señorita va á ver á otro; su aire burlón será porque habrá descubierto que vuestro sobrino trae otras cosas en la cabeza que encontrarse con la señorita Ce-

sarina; por eso os lo digo á vos, por si tenéis que darme alguna orden para mañana.

—Yo hablaré con Cesarina; basta por esta noche, Beltrán.

Como se ve, después de tres semanas el Marqués no había desistido de su venganza; me había dicho la verdad al asegurarme que era capaz de guardar su cólera hasta que encontrara ocasión de satisfacerla, siendo, pues, un hombre más temible de lo que yo me había figurado. Había hablado de muerte sin provocación, como de una cosa justa. Sabía de quién estaba enamorada Cesarina y yo maldecía mil veces el terrible capricho que había puesto á aquellos dos hombres frente á frente.

Resolví prevenir á Mr. Diétrich de lo que pasaba, y aguardé su entrada diciéndole lo que me había dicho Beltrán.

—Preciso es que vos intervengáis en todo esto, —añadí;—yo no puedo alejar á mi sobrino, su trabajo le clava en París; además, si yo le dijera que le perseguían, él mismo se adelantaría á provocar á quien tan injusto odio le profesa. Yo no tengo ningún imperio sobre Cesarina, vos sois su padre y os la podéis llevar; lo único que yo puedo hacer es avisar á la policía para que vigile al Marqués de la Rivonniere.

—Eso sería grave y podría dar por resultado un escándalo del que debo preservar á mi hija. Me la llevaré si es preciso; pero primero hablaré con el Marqués, y conmigo tendrá que entenderse si compromete á Cesarina con sus celos ridículos ó su espionaje. Tranquilizaos, Paulina, yo estaré alerta y obraré en caso necesario; pero por el momento no tenemos por qué inquietarnos. Cesarina ha experimentado hoy un desengaño, y no pensará en adelante en nada que concierna á vuestro sobrino. Libre de ella, lo está asimismo del Marqués.

—Os engañáis, Mr. Diétrich; Cesarina no olvidará á Pablo, y sabéis que no es mujer capaz de disimular sus afectos. El Marqués, pues, se convencerá de que persiste en amar á Pablo y entonces obrará, no lo dudéis.

—Pues bien, yo os prometo hacer algo mañana mismo para evitarlo.

En efecto, al día siguiente Mr. Diétrich se dirigió á casa del Marqués y no le encontró, porque, según dijeron, viajaba hacía muchos días y no sabían cuándo pensaba volver. Buscar en París á un hombre que se oculta, sólo es posible á la policía. Ya pensaba yo poner en práctica mi proyecto y decir al prefecto lo que pensaba, cuando Beltrán,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO